

ella, por primera vez, se había negado, Valentín entrevió en aquella conversación su vuelta al favor maternal; y pronto á aprovechar las circunstancias, contestó muy amablemente.

— Pero, querida mamá, no quiero por nada del mundo molestarte temprano. Esperaré tus órdenes.

La señora Mossler le miró con complacencia, dulcificada en un instante por su amabilidad, y moviendo la cabeza, como incrédula ante aquellas manifestaciones zalameras, dijo:

— Bueno; está convenido. Te haré buscar en cuanto esté dispuesta. Que duermas bien y trates de traerme mañana resoluciones juiciosas.

Tomó el brazo de Eliphas y salió del salón.

## V

La habitación que ocupaba la señora Mossler era la de la Pompadour; el estrado de balaustres dorados destinado al lecho de la favorita había sido suprimido en tiempo del senador conde de Berland, bajo el primer imperio. La decoración, debida al pincel de Lancret, era la misma y consistía en exquisitas pinturas de asuntos pastoriles, que han sido después reproducidos en tapices por los Gobelinos. Sobre la chimenea había un reloj y dos jarrones de mármol esculpidos por Caffieri y con guarniciones de bronce. El mobiliario, compuesto de un ancho sillón, dos cómodas de palo de violeta, una mesa de madera tallada y dorada y unas cuantas butacas y sillas de tapicería, había sido comprado por la señora Mossler en la almoneda Bertin y pagado á peso de oro. El piso estaba cubierto con una alfombra de la Savonnerie y las

ventanas adornadas con cortinas de color de amaranto de un tono delicioso.

Á eso de las diez, la señora Mossler, sentada en el hueco de una ventana, estaba mirando á los trabajadores que, embarcados en dos lanchas y bajo las órdenes de un guarda, hacían en el estanque una gran saca de peces y llenaban con ellos grandes redes. Ferraud y Dauziat, á pesar del rocío de la mañana, presenciaban la operación desde la orilla y gesticulaban gritando á los pescadores confusos consejos. Bajo el cielo luminoso bordado de ligeras nubes y en aquel marco de verdor ya pálido, el cuadro resultaba tan animado y pintoresco, que la señora Mossler le hubiera contemplado largo rato si la puerta de su cuarto no la hubiera distraído, al abrirse, de aquella divertida ocupación. Valentín entró sonriente.

— Estabas mirando los pescadores, madre mía, dijo. Es verdaderamente extraordinaria la cantidad de pesca que hay en tus estanques. Han sacado en una hora más de veinte redes repletas, y eso que tiran los peces pequeños... Vas á tener comida de vigilia para enviar el viernes á todos tus asilos.

— He mandado hacer esa destrucción, porque, verdaderos caimanes, los peces grandes han devorado los bonitos patos de Berbería que tú me regalaste y que tanto me gustaba ver nadar bajo mi ventana.

— Yo te traeré otros. Uno de mis amigos, Saint-Giron, tiene una especie verdaderamente rara. Parecen pintados, tan variados y vivos son sus colores.

La señora Mossler, con el revés de su lánguida mano, dió un golpecito en la mejilla á su hijo adoptivo y, examinando la señal roja que tenía en la frente, dijo:

— Has podido desfigurarte al caer y eso hubiera sido fatal, porque ¿qué te hubiera quedado si perdías tu belleza física?

Valentín se echó á reír.

— Siempre me hubiera quedado tu cariño, supongo. Tú, tan buena para los desgraciados, no íbas á abandonarme porque fuera desagradable á la vista.

— Yo no; pero ¿y las otras mujeres?...

— Con no ocuparme más de ellas, estaría despachado.

La señora Mossler examinó á Valentín y, en un tono que no era el de la broma, contestó:

— Pues bien; debes empezar inmediatamente.

El conde trató de escaparse con un chiste.

— ¿Así, sin prevenirlas, sin preparación? ¡Las desgraciadas! ¡Tú las quieres mal!

— Al contrario; las quiero bien, ó, mejor dicho, quiero bien á una de ellas.

Valentín cambió de actitud presintiendo un rudo asalto. Se sentó al lado de la señora Mossler y dijo:

— Madre mía, no te comprendo. ¿ Me hablabas en serio? Yo creí que bromeabas.

— No; no bromeo. Te hablo seriamente.

— Entonces explícate, te lo ruego, porque no sé á dónde vas á parar.

— ¿ Serás sincero?

— Contigo lo soy siempre.

— ¿ Me confesarás la falta cometida y hasta la intención de cometerla?

— Pregúntame.

— Pues bien; he creído notar que, hace algún tiempo, tus escaramuzas habituales con la mujer de Federico tomaban una forma nueva, más viva de tu parte, más irritada de la suya. Me ha parecido que el juego se hacía peligroso porque os exaltabais demasiado, tú, en el sentido de la galantería, ella en el de la hostilidad; he creído que te hacías importuno y he tomado el partido de advertírtelo. Sabes que quiero mucho á Celina y que es grande mi adhesión á su familia y por nada del mundo querría que tuviese que sufrir una molestia ó una contrariedad en mi casa. No creo que estés enamorado de ella; os conocéis hace tanto tiempo, que no hubieras esperado hasta ahora para desearla. Siempre habéis sido buenos amigos y si tú te animas con ella algo más de lo razonable, supongo que es por efecto de la ociosidad. Los hombres como tú son imposibles de ocupar en el campo. No

tomas interés por nada y cuando no se galopa, no se caza ó no se juega, no se puede sacar partido de tu presencia. Creo que es por esto por lo que persigues á Celina, pero esas persecuciones me atormentan y te agradecería que las pusieses término.

Valentín se tomó tiempo para reflexionar y contestó:

— Me has pedido que sea sincero al responderte; pero tú, ¿ me has preguntado con sinceridad? ¿ Me has dicho todo lo que debías decirme? ¿ Me has hecho esas preguntas espontáneamente? ¿ Celina no te ha hablado?

Estaba muy inquieto al pronunciar estas palabras y las aventuraba con grandes precauciones, pensando que con ellas iba á esclarecer la cuestión. Si Celina se había quejado á la señora Mossler, de lo que la creía capaz, ¿ qué había dicho? ¿ Hasta dónde había llevado su confesión? Según que estuviera, ó no, descubierto por ese lado, su situación sería más ó menos grave y él tendría necesidad de poner ó quitar grados á su franqueza y á su tono patético. Espiaba en el semblante de su madre adoptiva el efecto que producían sus palabras, pero ésta no manifestó ninguna turbación y contestó redondamente:

— Nadie se ha quejado; ni Celina, ni los demás.

Valentín respiró y se decidió á negar.

— Me hubiera asombrado mucho lo contrario, dijo, pero hay que esperarlo todo. Así pues ¿eres tú sola la que se alarma? Confiesa que pudiera quejarme de esa desconfianza. Porque bromeo con esa joven, la única de la casa que es algo alegre, se me acusa en seguida de los peores designios. Tienes, realmente, una mala opinión de mí, madre mía. Sé que no soy un modelo de cordura y que te doy con frecuencia ocasión de intervenir en mis asuntos; pero si es justo que me castigues por las tonterías que haya cometido, resulta exagerado regañarme por adelantado y condenarme por aquellas de que estoy inocente.

— ¡ Eh! querido hijo; no se presta más que á los ricos, respondió la anciana con vivacidad, y cuando se ve al zorro dar vueltas en torno de una gallina, no se supone que lo hace para enseñarla el camino del corral. Has hecho tales fechorías, que una más no sería gran cosa para ti... Y tienes tan buena espalda; que me pasma verte protestar porque te cargan un poco más de lo que tú quieres...

— No concibo qué pueden tener de reprobables mis bromas con la señora de Clement.

— Nada más que esto; que á ella le disgustan.

— Eso prueba que son inocentes...

— Su marido acabará por notarlas y se ofenderá.

— ¿Y por qué Federico Clement sería tan rigo-

rista? Todos los días se ve un hombre hacer la corte á una mujer sin que el marido se ofenda. ¿No tienes ojos, querida madre, más que para ver lo que pasa en el matrimonio del prójimo y no lo que sucede en el mío?

La señora Mossler se mordió los labios; sus ojos se pusieron más negros bajo sus cejas fruncidas y con voz temblorosa respondió:

— No me ocupo de tu matrimonio porque todo marcha, en lo que concierne á tu mujer, con una regularidad y una dignidad que ganarías mucho en imitar. Por ese lado no hay vigilancia alguna que ejercer y sólo se podrían buscar buenos ejemplos.

— Quisiera saber por qué, dijo Valentín, pálido de cólera contenida. ¿Crees la virtud de Celina más frágil que la de Enriqueta, ó tienes más confianza en la prudencia del coronel Redel que en la mía? ¿Cómo explicarse que ese extraño goce de inmunidades que rehusas á tu hijo? ¿Consiste en el uniforme? ¿Ó le crees inofensivo por haber envejecido prematuramente en sus campañas?

— Consiste, sencillamente, en que le creo un hombre honrado.

— ¡ Buena es esa! exclamó el conde prorrumpiendo en una carcajada. ¿Qué tiene que ver la honradez en este asunto? ¿Crees que la honradez ha impedido jamás á nadie apropiarse la mujer

del vecino? ¡Ah! realmente, madre mía, me buscas una querrela sin fundamento. Si el mismo señor Eliphaz, que supongo es á tus ojos un dechado de todas las virtudes bíblicas y teologales, concibiera una pasión senil por una mujer, nada le detendría y se portaría como un simple sátiro, lo que sería repugnante. ¡La honradez! ¡Vaya una garantía que me das! No hay nada más relativo que la honradez. Hay quien no robaría veinte francos á su prójimo y no dudaría para arruinarle en un negocio de intereses. Se puede devolver una cartera repleta de billetes de banco encontrada en la calle, y llevarse una hija menor del seno de su familia. ¡Honrado! ¡Buena broma! Todo el mundo es honrado hasta el día en que deja de serlo. Si yo soy peligroso para Celina, quisiera yo saber porqué Redel no lo es para mi mujer. ¿Es porque es tu amigo? La razón será perfecta para ti; para mí es insuficiente. Una de dos: ó no me atormentas más por estas bagatelas, ó tomo en serio las miradas lánguidas que ese militar dirige á mi mujer, y no tardarás en ver lo que resulta.

La señora Mossler no había encontrado nunca en Valentín resistencia á sus deseos y la actitud que tomaba de repente la asombraba. Pero con su espíritu tranquilo y lúcido no tardó en tomar un partido. Pensó: Si le apremio ahora mucho, es

capaz de tenérmelas tiasas y la situación se pondrá tan violenta que podrá haber una ruptura. Hay que evitarla en interés de todos. Valentín se refugiará en París y su mujer tendrá que ir á reunirsele. Nuestra estancia en el campo se turbará y no faltarán los comentarios sobre el suceso. Conviene, pues, allanar las dificultades y, para empezar, dulcificar el humor irritado de este muchacho poco razonable. Si tuviera su caja mejor provista, no vería la vida tan negra y aceptaría más dócilmente mis observaciones.

— Comprenderás, dijo, que no tomo en serio tus amenazas. Creo que si tuvieras que ejecutarlas te habías de ver en grave apuro, pues hay personas que inspiran, por lo menos, respeto y hay que mirarse mucho antes de atacarlas. No digo que tuvieras miedo; sé que eres capaz de habértelas con el mismo diablo; pero hay que tener el pudor de sus actos y los hay que cuesta trabajo el cometerlos porque se los considera injustos. Tú estás descontento porque te he tirado un poco de las riendas esta semana y haces caer sobre los demás la irritación que sientes contra mí. Si yo tuviera tan mal carácter como tú iríamos hasta el extremo de enfadarnos y ¡bonito resultado para los dos!... No te he llamado solamente para predicarte moral; tenía también intención de ofrecerte lo que necesitas para liquidar tu situación. He querido dejarte

un poco en el aire durante unos días para que tuvieras tiempo de reflexionar sobre tu conducta enteramente torpe. Antes eras más razonable y te contentabas con pedir las sumas que te hacían falta, además de tu pensión. Ahora contratas empréstitos y te dejas robar por los usureros. Esto es lo que me contraría. Tienes actualmente un pasivo de tres millones seiscientos mil francos, según las cuentas de Eliphas, y estoy segura de que no has recibido en dinero contante más de dos millones. ¿Es esto conveniente? Nada me importa darte más ó menos dinero todos los años; no tienes más que pedirlo; pero no te dejes robar como un simple.

Valentín, cuya cara se había dulcificado paulatinamente, dijo en tono más amable:

— Muchas gracias, madre mía. Estaba, en efecto, muy contrariado por no poder pagar á los prestamistas que me han dado su dinero. Tenía compromisos y era penoso para mí faltar á ellos. Cuanto más despreciables sean esas personas, más creo que se debe exagerar con ellos la delicadeza. No encontrarme dispuesto, en el momento preciso, á pagar á esos tunantes, era para mí el colmo de la humillación.

— ¿Tu pensión no es suficiente? ¿Quieres que te la duplique?

— Te lo agradecería mucho.

— Está convenido. ¡Ah! Si tú me dieras gusto en una cosa; si me presentarás un día un heredero de tu nombre, ¡qué caro te lo pagaría! Podrías ponerle en una balanza y yo pondría en el otro platillo su peso en billetes de mil francos y añadiría todavía los más hermosos brillantes que se pudieran encontrar para la madre.

Valentín se echó á reír.

— Para eso hubiera sido preciso no darme una mujer que es sólo espíritu y que no desciende á la materia. Si los hijos se formasen en el cerebro, como le sucedió á Júpiter con Minerva, podría usted contar con Enriqueta. Pero es una persona demasiado quintaesenciada para mí; no estoy á su altura y se puede apostar que no lo estaré nunca.

— Me parece, sin embargo, que podrías ocuparte de ella un poco más. Es joven, encantadora...

— Sí, mamá, pero su encanto es frío.

La señora Mossler movió la cabeza con desilusión.

— Bien veo que en la vida no basta cuanto se hace para que los sucesos ocurran de un modo satisfactorio. Es preciso contar con lo imprevisto, que descompone los mejores planes. Uniendo un loco como tú con esa joven razonable, creí mejorar tus disposiciones y volverte más juicioso. Todo ha resultado al revés, y las mismas cuali-

dades que había buscado, sirven de obstáculo á mis deseos. Si te hubiera escogido una mujer tan frívola como tú, acaso la hubieras adorado. Empiezo á creer que no conviene exagerar la prudencia... Pero yo hablaré á Enriqueta. Puede que, por su parte, sea más severa de lo conveniente.

— ¡Oh! Yo no la acuso, madre mía, y me contrariaría en extremo que pudiera creer que me he quejado de ella.

— Puedes estar tranquilo. No diré más de lo que deba.

Valentín tomó estas palabras por una despedida. En realidad, habiendo conjurado la tempestad que empezó por amenazarle y habiendo conseguido las sumas que pedía en vano hacía una semana, no tenía que hacer más que marcharse. Se aproximó á la señora Mossler y dijo, cogiéndola la mano :

— ¿No querías nada más?

— Olvidemos las cosas desagradables; pero está convenido que me complacerás en lo que se refiere á Celina.

Valentín no respondió más que con una inclinación deferente; besó la mano á su madre adoptiva y desapareció. La señora Mossler, sin perder tiempo, quiso realizar su proyecto y se dirigió á la bahitación de la condesa. Sentada cerca de la ventana, al lado de una mesa, Enriqueta estaba pintando con gran atención una miniatura. Era un

retrato de Vignot, puesto en un marco azul celeste en el que estaban bordadas las notas musicales. La cabeza de Padre Eterno del viejo maestro llamaba la atención por su parecido. Al ver entrar á la señora Mossler, Enriqueta dejó su obra y se levantó sonriendo. Estaba vestida con una bata de seda tornasolada, con adornos de punto de Venecia, y sus hermosos cabellos dorados, de naturales ondulaciones, avaloraban su tez rosada y sus ojos negros. Resultaba de ese modo de una belleza altiva que daba un poco la razón á su marido cuando hablaba de su frío encanto. Más que una simple mortal, parecía una diosa ó una reina.

— ¡Cómo! querida madre; ¿ya en movimiento?

— ¡Oh! no eres la primera persona con quien hablo hoy por la mañana, mi hermosa Enriqueta; tu marido acaba de tener conmigo una larga conferencia.

La condesa no pestañeó. Parecía decidida á no ocuparse de lo que se refiriese á Valentín, y la reserva de su actitud fué tan acentuada, que la señora Mossler se quedó algo indecisa. La anciana dió una vuelta por el cuarto y dijo, al ver sobre la mesa la miniatura :

¡— Ah! Es tu amigo Vignot... ¡Cómo se parece!... ¿Es un regalo que piensas hacerle?

— No, querida madre; estoy haciendo este re-

trato para mí. Quiero conservar un recuerdo muy exacto de este admirable artista.

— ¿No tienes más que esta miniatura empezada?

Enriqueta abrió un cajón y tomando una hoja de marfil:

— Tengo ésta, dijo, del coronel Redel... Pero no está más que bosquejada.

La señora Mossler recobró toda su seguridad; miró á su nuera y dijo con voz tranquila:

— ¿Es también un recuerdo que quieres guardar?

— No, madre mía, respondió la condesa sin que su mirada se turbase; este retrato está destinado á la madre del coronel.

La señora Mossler tuvo el gusto de saborear aquella noble tranquilidad y dijo después muy despacio:

— Enriqueta, puede que hubiera sido mejor no emprender este trabajo. Vignot es un viejo, un hombre ilustre, tu amigo antiguo y hay todas las razones del mundo para explicar el gusto que tienes de hacer esta miniatura. En cuanto á la de Redel, ya es otra cosa.

— ¡Qué! madre mía; ¿me vituperas una cosa tan sencilla y tan natural?

— No te vitupero, Enriqueta, interrumpió la señora Mossler; primero porque no sería justo, y después porque mi cariño hacia ti me lo impediría, aun estando en mi derecho. Pero puedo

someterte una observación, sin vituperarte, y he expresado, con todas las atenuaciones posibles, el temor de que una intimidación demasiado aparente con Redel pueda ser objeto de críticas.

La condesa sacudió su rubia cabeza y dijo con sonrisa altanera:

— Bien sabes, querida madre, con cuánta deferencia acepto todo lo que viene de ti. Si juzgas que hago mal, me inclinaré sin discusión. Pero si es otro el que tiene algo que decir de mi conducta, desdeñaré su opinión y seguiré haciendo lo que me plazca. Tengo por regla absoluta no contrariar á los que se venera y se quiere y considerar nulo el juicio de los demás.

— Hija mía, la independencia es muy hermosa, pero no llevada más allá de lo que conviene. Además de mi persona, con quien aceptas amablemente una gran comunión de sentimientos, existe tu marido para participar de los inconvenientes de la crítica.

Enriqueta frunció las cejas y dijo, con bastante emoción esta vez á pesar de su fuerza de carácter:

— ¡Oh! Mi marido no es sensible á las cosas que me conciernen; lo ha probado muy bien, y le creo indiferente á lo que yo pueda hacer de bueno ó de malo.

— Eso indica una gran amargura y un gran descontento, hija mía,...

— Muy justificado.

— ¿Has recibido tan serios agravios?

— Tu asombro consiste en que nunca me he quejado. Quería y quiero respetar tu tranquilidad. ¿De qué servirían, además, mis recriminaciones? La situación no cambiaría por eso. Conviene, pues, bajo todos los aspectos, callarse.

La señora Mossler inclinó su blanca cabeza y reflexionó durante unos instantes. Del parque subían los gritos de los bateleros ocupados en sacar las redes, y la actividad alegre del exterior hacía resaltar el silencio pesado de la habitación y acentuaba el contraste entre la vida libre y descuidada de los pobres y la existencia llena de sobresaltos de los ricos.

— Sé, dijo la señora Mossler, que Valentín no ha sido un modelo de cordura y que puedes dirigirle acusaciones por su ligereza, pero no esperaba encontrarte tan herida.

— Es que me creías menos enterada de lo que ha hecho. Desgraciadamente no me ha dejado ignorar su conducta, pues ha hecho alarde de ella con tan completo olvido de lo que me debía y se debía á sí mismo, que le he encontrado con mujeres perdidas en pleno día y en los sitios más frecuentados de París... Nunca he podido dudar que me engañaba. Me he limitado á cerrarle la puerta de mi habitación, pues soy demasiado orgullosa para

quejarme de sus infidelidades y demasiado delicada para conformarme á alternar con las mujeres en cuyo provecho me era infiel. He recobrado, pues, mi libertad, y aunqne estoy decidida á no usar de ella, resistiré toda tentativa que tenga por objeto limitármela. Estoy rodeada de unos cuantos amigos adictos que me hacen olvidar con las satisfacciones del espíritu mis decepciones del corazón. El señor Redel es de los mejores, de los más estimados, y no dirás que es de los menos estimables; tú misma me le has presentado; no veo, pues, qué se puede criticar en nuestras relaciones amistosas, y te prevengo muy afectuosamente que no toleraré que se encuentre en ellas nada reprehensible.

— Mi querida Enriqueta, nadie piensa en forzar tu voluntad y Valentín no me habla de ti sino para elogiarte. Soy yo quien se queja de ese alejamiento que acabas de explicar con tu claridad habitual y que tanto me complacería hacer cesar. Es cierto que las culpas de Valentín para contigo son serias, pero yo, vieja ya y que juzgo friamente las cosas, no me parece que son imperdonables. Á medida que avances en la vida, hija mía, comprenderás mejor cuán necesario es mirar con indulgencia á los hombres en general y á los maridos en particular. Sé que es culpable, pero ¿eres tú inocente por completo? ¿Estás bien segura,

hija mía, de no haber sido con él demasiado indiferente y de haberle dado las alegrías que él ha querido buscar en otra parte? Bueno es que el espíritu predomine sobre la materia, pero es preciso no hacerse demasiado etérea, porque, entonces, el marido, que no vive sublimado hasta el cielo, busca á su mujer en la tierra y, si no la encuentra, se va á buscarla Dios sabe dónde. En suma, querida mía, de todas estas confidencias resulta que entre tu marido y tú hay una diferencia que te suplico con insistencia procures hacer cesar.

Enriqueta se quedó, á su vez, pensativa. No podía desconocer las buenas intenciones de la señora Mossler y le repugnaba descubrir su pensamiento completo respecto de Valentín. Prometer una modificación en su actitud le parecía una debilidad y rehusarla un mal proceder. Su naturaleza leal no se resignó, sin embargo, á un engaño y quiso ser franca hasta el fin.

— Madre mía, dijo, si no comprendo mal lo que me acabas de decir, lo que deseas es que reanude con mi marido los lazos que él ha roto. ¿Me haces esa petición con su asentimiento?

— Dime que estás dispuesta á una reconciliación y yo me encargo de que él haga todas las concesiones...

— ¡ Ah ! No me respondes rotundamente, exclamó la condesa, y cuando así eludes la cues-

tion es que mi marido no te ha dado ninguna seguridad... No es él el que desea la reconciliación, sino tú, y esto me indica lo que debo esperar. Te obedecerá, para captarse tu buena voluntad, pero el cariño que me demuestre no será sincero; antes de quince días habrá vuelto á las andadas, y yo no habré obtenido por mi buena voluntad y mi indulgencia sino una humillación más.

La señora Mossler no respondió en seguida, pero sus labios trémulos contenían con trabajo el argumento supremo que, para ella, excluía cualquier otro razonamiento. Por fin no pudo resistir y dijo, con los ojos brillantes de apasionado deseo :

— ¡ Eh ! ¿ qué vale todo eso si la reconciliación te proporciona la maternidad. Piénsalo bien, Enriqueta. ¡ Un hijo ! Un hijo que sería nuestro, que llenaría nuestra vida, que nos haría prescindir de todo... Él no nos sería traidor, le educaríamos á nuestro gusto y si era ingrato andando el tiempo, nos daría, al menos, la felicidad durante su infancia. Enriqueta mía, sabes que te quiero como si fueras mi verdadera hija; pues bien, me serías cien veces más querida si viera en tus brazos un querubín blanco y rosado... ¡ Oh ! piénsalo, esa es la sola alegría que existe para una mujer en el mundo.

Ante aquella ardiente confesión de sus espe-

ranzas secretas; ante aquella explosión de egoísmo sublime por lo sincero, la condesa se estremeció. El rubor subió á su frente y dijo con voz en la que trataba en vano de apagar la indignada vibración:

— Madre mía, tratas de disponer de mí como de las gallinas de tus corrales. Un retoño, no importa cómo ni casi con quién, siempre que lo tengas. En conciencia, no comprendo la maternidad como tú. Yo la quiero rodeada de las atenciones y de los respetos del padre; pero tener un hijo de un hombre á quien desprecio, que habrá dejado una querida al venir á encontrarme y que me dejará para buscar otra, me haría enrojecer como la más degradante humillación. ¿Y qué sería ese niño, concebido entre dos caprichos galantes, al salir de una fiesta, y no en el recogimiento tierno del amor, sino en la preocupación venal de los intereses? Un corazón ligero, una cabeza vacía y, más tarde, un libertino como su padre. ¡Libreme Dios de darle la vida! Prefiero permanecer estéril, sola, abandonada, á tener que llorar un día por haber producido un desgraciado más.

— ¡ Oh! dijo la señora Mossler con amargura, me niegas lo que era la suprema esperanza de mi vida.

— ¡ Bah! Si quieres absolutamente un niño, exclamó Enriqueta arrebatada por la cólera, manda

al conde de Coutras que adopte uno. Así te devolveré lo que le has dado. Pero no insistas en hacerme víctima de tus planes de sucesión. Valgo más que el papel que tratas de imponerme y no he entrado en esta casa únicamente para la reproducción...

La señora Mossler palideció, las lágrimas acudieron á sus ojos y dijo, acercándose á la joven:

— ¿ Tan gravemente te he herido, Enriqueta, que me respondes con tal violencia? No era tal mi intención y te ruego que me perdones.

Á estas palabras, en las que brillaba la natural bondad de la señora Mossler, la condesa sintió disiparse todo su resentimiento y dijo, arrojándose en los brazos de aquella generosa mujer:

— No; no tienes que excusarte. Soy una loca al abandonarme á este arrebato; pero es que, de todos los asuntos, éste que has abordado es el más penoso para mí. Sé muy bien que negándome á tus deseos, engaño tus esperanzas y no pago mi deuda hacia ti, que me has cogido pobre y sin porvenir para pagar mi fecundidad con riquezas, con lujo, con elegancia. No puedes, sin embargo, exigir de mí todas las concesiones y ninguna de mi marido. No merezco estar á la disposición de sus fantasías pasajeras, y antes que prestarme á ellas preferiría alejarme de aquí y vivir en la medianía, pero independiente y respetada.

Lo que pedía era tan justo y tan noblemente pedido, y estaba al hablar así tan bella, con su pudor sublevado, que la señora Mossler vió perdida su causa. En el fondo de su conciencia se levantaba una voz que decía: «Esta mujer tiene razón; la has comprado para tu hijo y es él quien la ha desdefinado. Nada le debe por lo tanto. Renuncia á tus cálculos, abandona tus proyectos, pero no hagas á esta joven responsable. La causa de tu decepción es el otro, el feroz libertino de corazón helado y cabeza vacía.» Y profundamente triste, la señora Mossler se inclinó resignada bajo el peso de esta nueva pena y dijo á su nuera:

— Tienes razón, Enriqueta, soy una egoísta. Jamás me oirás pronunciar palabras semejantes. Vive dichosa, querida hija, ya que la libertad sustituye en ti á la dicha.

La condesa ofreció su frente á la anciana y respondió con ardiente efusión:

— ¡Gracias!

Con su paso silencioso y ligero la señora Mossler se alejó.

Á la misma hora, en el terraplén del jardín, al aire libre y al abrigo de los indiscretos, á quienes se podía ver venir de lejos, Valentín logró coger sola á Celina, que había bajado con su marido para ver las últimas peripecias de la pesca. Federico se adelantó hasta la orilla del estanque á fin de

contemplar los argentados peces que se agitaban en las relucientes mallas, y Celina se sentó, preocupada y triste, junto á la balaustrada de piedra. Un cálido rayo de sol entibiaba el aire y la joven, gozando de aquel dulce calor, miraba distraidamente el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, cuando un ruido de pasos le hizo volver la cabeza. Lanzó una exclamación y se puso pálida; Valentín estaba detrás de ella. La joven hizo un movimiento para alejarse, pero él la cogió familiarmente por el brazo, sonriendo, y la obligó á permanecer sentada. Al mismo tiempo dijo:

— Cuide usted de no agitarse mucho; se nos ve desde todas partes. Prevengo á usted, además, que si trata de escaparse, la detendré á la fuerza, suceda lo que quiera. Me trata usted como enemigo; no le extrañe que yo haga lo mismo.

Celina permaneció aterrada delante de él, falta de aliento, los ojos vacilantes, incapaz de tomar una resolución, temblando como un pajarillo fascinado por una serpiente.

— Es necesario absolutamente que tengamos cinco minutos de conferencia. Á solas no será usted, acaso, tan osada como delante de testigos, y en todo caso, podré explicarme claramente.

La joven contestó con voz ahogada:

— ¿Pretende usted obligarme á escuchar lo que no quiero?

— Más aún, señora ; pretendo obligar á usted á responderme.

— ¿Seré libre de alejarme de usted cuando haya respondido?

— Perfectamente.

— Entonces, pregunte usted de prisa.

Valentín mostró una sonrisa zumbona.

— No se puede acusar á usted de hipocresía ni de disimular sus impresiones. Ante tal declaración, debía no tener nada que preguntarla, si estuviera bien seguro de que no se engaña usted á sí misma.

La joven enrojeció de cólera, sus labios se crisparon y con una fuerza de indignación que la ponía fuera de sí, respondió :

— ¡ Oh ! no. Soy muy sincera, muy consciente y estoy muy segura cuando digo á usted que le desprecio y que le execro. Es usted, el más miserable, el más vil y el más insolente de los hombres, y si yo pudiera arriesgar mi vida contra la suya, intentaría matarle con la más completa alegría.

Valentín la miró con tranquilidad.

— Sí, usted me odia, como dice ; acabo de oír el grito de su alma. Pero he oído el otro día el grito de su carne y aquél no era de odio. Lo ha pensado usted después y ha sido presa de la indignación por haberme pertenecido, pero cuando era usted

mía, cuando la tenía entre mis brazos, la sentí estremecerse y no de horror. Mi amor la indigna, pero le ha sufrido y juraría que hubiera usted sentido no sufrirlo. Embriaguez fugitiva que ha hecho á usted entregarse sin defensa ; impresión de un minuto seguida de largas horas de penas y de indignación, pero que nadie puede hacer que no haya usted sentido y que no está segura de no volver á sentir.

— ¡ Oh, no !... ¡ Todo antes que eso !

— ¿ Qué sabe usted ? Hay en usted dos mujeres muy diferentes ; una, virtuosa hasta el rigorismo, que rechaza la idea de la falta como una mancha, esclava de su deber y resuelta á no faltar á él jamás ; estoy al lado de esta mujer y la acogida que obtengo no debía animarme á adorarla. La otra es ardiente, apasionada, á la merced de sus sentidos, que la enloquecen. Ésta es con la que estuve el otro día. Y la he visto tan hermosa de furor y de deseo, que por volverla á encontrar así un solo minuto, estoy pronto á afrontar todas las injurias y todos los desprecios. No guardo rencor á la mujer virtuosa por los esfuerzos que hace para disputarme la apasionada ; al contrario, su resistencia me interesa, su valor me anima y cuanto más la veo luchar para escaparse, mayor es mi deseo de reconquistarla. Porque, ahora, sólo queda, y tal instante de embriaguez vale toda una vida.

Con la cabeza alta, por temor de que una actitud aterrada la denunciase á los ojos de los que pudieran verla, Celina lloraba silenciosamente. Las lágrimas corrían gota á gota por su pálido rostro, trazando un surco brillante en la comisura de los labios, y caían, pesadas, en el pañuelo que la joven apretaba en su mano. Valentín esperaba una palabra de protesta, un grito, una injuria, una súplica; pero ella se calló obstinadamente como si quisiera tener por nulo y no dicho cuanto había oído. Valentín perdió la paciencia y tocando ligeramente con el dedo á la joven en un hombro, preguntó :

— Vamos á ver, Celina, ¿qué tiene usted que responderme?

Celina siguió callada, llorando y con el pecho agitado por los sollozos, no queriendo rebajarse á reconocer que había allí un hombre que acababa de injuriarla. Valentín dijo exasperado :

— No me impulse usted hasta un extremo. Respóndame, aunque sea para decirme no.

La joven no le miró siquiera; muda y llorosa, pasó lentamente por delante de él y se alejó, dejándole petrificado por aquel desdén y vencido por aquel silencio.

## VI

Á consecuencia de estos incidentes, resultó muy claro que la expedición campestre de los señores de Coutras á la Chapelle-Sauvigny no sería ya muy duradera. Los señores de Clement volvieron á París y el conde cesó completamente de ir al campo. Valentín se instaló en su casa como soltero, con un solo ayuda de cámara. Comía en el club y se limitaba á pedir todas las mañanas noticias por teléfono á casa de su madre. Enriqueta y la señora Mossler retuvieron aún por una semana á Redel, á Vignot y á Ferraud y después se encontraron solas. No les disgustaba esto, pues sabían ocupar bien su tiempo y no conocían el aburrimiento. Pero la señora Mossler, inquieta por lo que haría Valentín, propuso á su nuera el regreso á París, á fin de octubre. La condesa no tenía ninguna razón para permanecer allí, puesto que